

ARTĒA
2023

Casiana

Soubelet



Después de los cuarenta años la verdadera cara la tenemos en la nuca, mirando desesperadamente para atrás.

Julio Cortázar

Todavía no tengo cuarenta años, pero cada año que pasa me doy cuenta de que crecer significa renunciar. Renunciar a los sueños, y a llorar de la risa. Renunciar a la inocencia y a la humildad. No volvemos a perder los dientes, y tampoco a perdernos en la noción del tiempo. Renunciamos a extrañar sin conocer la nostalgia, y a escribir cartas a mano (aunque con letra temblorosa e imposible de leer).

Hoy dejo nueve obras, nueve preocupaciones, alegrías, miedos y; sobre todo, nueve diálogos con cada uno de los que alguna vez, también fueron niños. Algunos se pierden, otros se encuentran y muchos, se extrañan al dejarse atrás. Pero si hay algo que puedo confirmar es que no es necesario tener cuarenta años para tener “la cara en la nuca” y extrañar como éramos ayer. La obra busca ser entendida no por quien la está viendo, si no por quien alguna vez pintaba con las manos y no pasaba del metro 20. A quien alguna vez jugó a ser adulto, al preocuparse por esconderse sin saber encontrarse.

Reconstruyo nueve momentos, que hoy en día me preocupan, me marcan, me asustan. Momentos que solo se viven creciendo, y dejando atrás la “época de oro”. Empiezo a sentir el vértigo de no poder volver a jugar y quedarse sin vidas, sin más oportunidades. No es solo mi voz la que se escucha, si no la de cada uno de los niños que fueron dejados atrás al crecer y adaptarse a la nueva etapa. Espero que sea la nostalgia quien cuente la historia por sí misma. Pinto con las manos, pero sobre todo con la mente en blanco, guiada por la voz que queda cuando nadie más habla. La voz que nos dice que no todo tiene que ser “perfecto” si no que ya lo es, que siempre es mejor usar todos los colores, y que las letras temblorosas algún día se aliarán.

Las obras realmente están moldeadas por quien las ve, quien las siente y quien no. Solo espero que el adulto y el niño interior de cada uno de los espectadores se tomen de la mano, y finalmente entiendan que no es necesario escoger la vida o la muerte para cada uno. Que es posible convivir con sueños hasta el cielo como el niño y los pies

en la tierra como el adulto. Que finalmente, son y serán siempre una misma persona que alguna vez tuvo miedo del uno al otro pero que también tuvieron las mismas experiencias y memorias compartidas.

Al final, todo en la vida es un ciclo. Terminamos sintiendo lo que comenzamos soñando, intentando hacer realidad lo que nos tomó una vida entender. Volvemos a llorar de la risa, buscamos la inocencia, la humildad. Perdemos los dientes, la noción del tiempo. Extrañamos, pero hostigados por la nostalgia; y seguimos escribiendo cartas a mano (aunque con la misma letra temblorosa de la que tanto nos costó deshacernos). Y yo termino exponiendo mi lado más vulnerable, y realmente lo que me preocupa exactamente es como lo hubiera hecho cuando aún era una niña.